

El Teniente en Peligro - Blanca F. de la Fuente

Blanca

Image not found.

Capítulo 1

El teniente en peligro

Primero, interrogaron a la novia. La que dio el primer aviso el día anterior, a primera hora de la noche. Porque el desaparecido no había vuelto al salir del trabajo, como era su costumbre.

Y luego la novia había seguido llamando hasta la madrugada, aproximadamente cada dos o tres horas, insistiendo siempre en que algo horrible debía de haberle ocurrido a su novio. Pero sin dar suficientes detalles como para que resultara lo bastante urgente, o lo bastante creíble.

Cuando al fin llegaron el teniente y el sargento, estaba esperándolos en el portal, un cigarrillo humeando entre sus dedos huesudos de ex toxicómana. La puerta del cuartito privado del conserje no se abría de ninguna de las maneras. El hombre tenía que estar dentro, seguro. Se encerraba a veces para poder concentrarse en ciertas tareas sin ser molestado, al final de su turno de vigilancia tras el mostrador de la entrada.

No había vuelto a casa, ni dado señales de vida. No, nunca quedaba con nadie después del trabajo. Tomaba el metro y para ir directo al piso, en un barrio de las afueras. No quería encontrarse con antiguos colegas ni por casualidad. Ni siquiera salía a tomarse una cerveza con ella, ni con nadie.

Al mismo tiempo que arrojaba la colilla, apurada hasta el filtro, en el cenicero de la entrada, la novia dirigió una mirada intensa al teniente. Quería confesarle, casi en un susurro, que el desaparecido había tenido algo que ver con drogas. Pero que eso había sido unos años atrás. Adicción y venta al por menor, lo típico, para subvencionarse el consumo. Un par de años en la cárcel, y a la calle por buena conducta. Ahora estaba limpio del todo.

Y aún así, aquella frágil mujer, enjuta como ese cigarrillo que se había consumido entre ansiosas caladas, seguía empeñada en afirmar que corría peligro la vida de su novio. Y, con un hosco reproche, lamentó que no la hubieran tomado demasiado en serio desde el principio.

-Usted no se imagina cómo son éstos -murmuró, entre sus dientes demasiado gastados.

El sargento, que ya se había adelantado ligeramente con su libreta entre los dedos, se volvió un instante.

-¿Cómo ha dicho?

El teniente agitó una mano, para quitarle importancia. La mujer estaba evidentemente algo fuera de sí.

-Luego seguiremos hablando -le dijo el teniente a la mujer, depositándola con autoridad en uno de los sillones del vestíbulo.

Ahora, mientras cavilaba acerca de esas vagas declaraciones, sonó el móvil del teniente. Era el inspector.

-¿Teniente Gandía? Le necesitamos aquí para un asunto serio. ¿Cómo va con ese caso?

-Acabo de encontrar al desaparecido. En su despacho. Calculo que lleva algunas horas muerto.

-Ya va un equipo para allá. Ellos se ocupan de los detalles. Así es que usted, abrevie.

Pensaba si revelarle a su superior alguna otra de sus impresiones, cuando le pareció oír un movimiento a sus espaldas. Apagó el móvil con un dedo y se volvió, despacio. Era imposible, pero se repitió. Un sonido amortiguado, como si algo se arrastrara a lo lejos. Entonces cayó en la cuenta de que provenía del piso superior.

Evocó apresuradamente la imagen de la entrada del edificio. El vestíbulo sobresalía del resto de la fachada, como un cajón a medio abrir. No había piso de arriba, recordó: sólo un terrado con algunas plantas.

Su instinto le dijo que se asomara a pedirle al sargento Suspo que intentara averiguar quién andaba trasteando por allí arriba. Probablemente, algún operario de mantenimiento.

Entonces percibió un ligero destello con el rabillo del ojo.

-Imposible... -murmuró, acercándose nuevamente a la mesita, sin llegar a pisar las salpicaduras en torno al charco de sangre.

Allá arriba, en el techo, un par de metros por encima de la mesa, se presentía una línea delgadísima de luz. Probablemente, revelando una de esas trampillas que se utilizan para comunicar con un sobrado o, como era el caso, con una azotea.

Un estallido de luz le deslumbró de pronto, y vislumbró un buen pedazo de cielo gris, teñido con ese resplandor dorado del día intentando desgarrar las nubes.

Pudo intuir, más que ver, una escalera metálica desplegándose hacia su cara. Le golpeó en la cabeza y en el hombro, desplazándole más de un metro antes de arrojarle contra el suelo. Tal vez perdió la consciencia unos segundos, porque lo siguiente fue la agobiante sensación de una manaza, poderosa y peluda, aplastándole la cara contra el suelo. Y se le hacía imposible no solamente mover la cabeza. También tenía una rodilla clavada en el centro de su espalda, hasta impedir no solo cualquier posibilidad de incorporarse, sino casi de respirar.

Calculó, por la tensión del cuerpo apoyado sobre él, que el extremo del otro brazo sostenía algún tipo de instrumento. Y que estaba a punto de ser noqueado con lo que fuera que ese brazo empuñara. Mantuvo los ojos cerrados, tratando de liberar toda tensión de sus músculos. Gimió, tratando de aparentar encontrarse muy malherido. Al borde mismo de la inconsciencia. Poniendo sus esperanzas en que el matón le considerara inerme, e incapaz de reaccionar.

De este modo, tal vez se desentendería simplemente, y decidiera esfumarse como había venido. Con lo que fuera que hubiese venido a buscar, si acaso, pero sin ceder necesariamente a la tentación de causar mayor daño.